

A sepia-toned landscape photograph. In the foreground, a rustic wooden fence with several vertical posts runs across the frame. The background shows a valley with rolling hills and a few trees, including a large, leafy tree on the left side. The overall atmosphere is quiet and somewhat somber.

LUGAR DE
EJECUCIÓN
VAL McDERMID

Manchester, 1963. El inspector George Bennett se enfrenta a uno de los sucesos más desconcertantes de toda su carrera policial: la desaparición de dos adolescentes que no han dejado ninguna huella tras de sí. Poco tiempo después, otra joven de sólo trece años desaparece también en una pequeña localidad del condado de Derbyshire.

Pasados muchos años, la periodista Catherine Heathcote está trabajando en la publicación de un libro acerca de aquel antiguo caso, por lo que cuenta con la inestimable colaboración de Bennett. Súbitamente, el ex inspector encargado de la investigación deja de colaborar con ella sin explicación alguna. Como en el caso de las muchachas, esta nueva desaparición abre más interrogantes de los que Catherine quizá pueda resolver.

*A mi diabólico gemelo; laissez les bon temps rou-
ler, cher.*

Será trasladado a su lugar de nacimiento y de allí a un lugar de ejecución legal, donde será colgado del cuello hasta que muera; tras lo cual su cadáver será enterrado en una fosa común en el recinto de la cárcel en que haya estado confinado antes de la ejecución. Que el Señor se apiade de su alma.

Sentencia de pena capital del sistema jurídico inglés

LE PENDU: EL AHORCADO

Adivinanza: la carta indica vida suspendida. Cambio de rumbo mental y vida independiente. Transición. Abandono. Renuncia. Cambio de las fuerzas vitales. Readaptación. Regeneración. Renacimiento. Mejora. Deberán hacerse esfuerzos y sacrificios para ir hacia un objetivo que quizá no se consiga.

Cartas del tarot para entretenimiento y adivinación

S. R. KAPLAN

LIBRO I

INTRODUCCIÓN

Nací en Derbyshire en 1950, igual que Alison Carter y, como ella, conocía a la perfección los valles de montañas calizas de White Peak tan proclives a esas nevadas que en invierno nos dejan aislados del resto del país. Fue precisamente en Buxton donde la nieve impidió celebrar un partido de *cricket* en pleno junio.

Por eso, cuando desapareció Alison Carter en diciembre de 1963, a mí y a mis compañeras de clase nos impresionó más que a nadie. Conocíamos pueblos como el suyo y sabíamos cómo era en ellos la vida cotidiana, pues soportábamos las mismas clases y manteníamos en los lavabos las mismas discusiones sobre quién de los cuatro Beatles nos gustaba más, y era de suponer que compartíamos los mismos temores, sueños y esperanzas. Por ello, desde el principio supimos que algo terrible le había sucedido a Alison Carter, porque estaba claro que una chica como ella —como nosotras— no se iba de casa. Ni en Derbyshire ni en pleno diciembre.

Pero no éramos solo las chicas de trece años quienes sabíamos esos detalles; mi padre fue uno de los cientos de voluntarios que participaron en la búsqueda peinando los brezales y los bosques cercanos a Scardale, y aún tengo bien grabado en mi memoria su rostro sombrío cuando regresaba a casa tras una jornada de recorrer los campos sin resultado.

En la escuela seguimos durante semanas la búsqueda de Alison Carter por los periódicos y siempre había alguien que insinuaba una especulación. Ahora, al cabo de tantos

años, aún le plantearía al expolicía George Bennett más preguntas de las que podría responder.

No he basado mi relato exclusivamente en los recuerdos de George Bennett ni en las notas que en su momento tomó. Para la investigación de este libro fui varias veces a Scardale y a sus alrededores a entrevistar a muchas de las personas que tomaron parte en aquel suceso, recogiendo sus impresiones y comparando su versión de los hechos que vivieron. No habría podido escribir el libro sin la ayuda de Janet Carter, Tommy Clough, Peter Grundy, Charles Lomas, Kathy Lomas y Don Smart. Me he tomado alguna licencia literaria atribuyendo ideas, emociones y palabras a los personajes, pero las partes que lo componen están basadas en entrevistas a los supervivientes, quienes no dudaron en prestarme ayuda para crear un fresco verídico de una comunidad y de los individuos que la formaban.

Parte de lo ocurrido aquella fatídica noche de diciembre de 1963 nunca se sabrá, por supuesto, pero para todos aquellos a quienes la vida de Alison Carter, y su muerte, afectó en alguna medida, la historia de George Bennett es un análisis fascinante de uno de los crímenes más crueles de los años sesenta.

Durante mucho tiempo quedó en segundo plano, a la sombra de otros crímenes más sonados de la región, pero el destino de Alison Carter no fue menos terrible por ser obra de un asesino con una sola víctima. Y aún hoy mantiene su importancia el mensaje de su muerte. Si algo nos dice la historia de Alison Carter es que incluso en las circunstancias más peligrosas siempre hay una cara amable.

Nada puede devolvemos a Alison Carter, pero recordar lo que le sucedió quizá sirva para evitar que otras personas corran riesgos semejantes. Si con este libro se consigue, tanto George Bennett como yo nos sentiremos satisfechos.

CATHERINE HEATHCOTE
Longnor, 1998

PRÓLOGO

La niña se despedía de la vida. Una despedida nada fácil.

Como cualquier chica de trece años siempre encontraba de qué quejarse, pero ahora que estaba a punto de perder la vida, esta le parecía de pronto muy deseable. Ahora entendía por fin por qué los mayores se aferraban con tal tenacidad a cualquier momento de la existencia aunque fuera doloroso. Por mala que fuera su vida, la alternativa era infinitamente peor.

Incluso había comenzado a arrepentirse de cosas: de las veces que había deseado que su madre muriera, de las veces que había deseado que sus sueños de ser una niña cambiada al nacer fuesen ciertos, del odio que había sentido por los chicos de la escuela que la insultaban por no ser como ellos, de los fervientes deseos de ser mayor y que aquellos sufrimientos quedasen atrás. Ahora todo parecía no tener importancia. Lo único que contaba era la preciosa vida que estaba a punto de perder.

Era lógico que sintiera miedo. Miedo de lo que había más allá y de lo que le iba a ocurrir de un momento a otro. Le habían enseñado a creer en el cielo y en su contrapartida, el infierno; dos fuerzas iguales y opuestas que equilibran el mundo. Ella tenía las ideas bien claras de cómo sería el cielo, y, mucho más que cualquier otra cosa que hubiera deseado en su corta vida, esperaba que fuera eso lo que le aguardaba ahora en la espantosa inmediatez.

Pero le amedrentaba angustiosamente la posibilidad de ir al infierno. No tenía muy claro cómo sería el infierno; solo sabía que, comparado con todo lo que ella había odiado

de la vida, sería mucho peor. Es decir, que sería realmente malo.

A pesar de ello, no había alternativa posible. Tenía que decir adiós a su vida.

Para siempre.

PRIMERA PARTE ANTECEDENTES

Manchester Evening News; martes, 10 de diciembre de 1963, pág. 3

Recompensa de 100 libras por un niño desaparecido

La policía continuó hoy la búsqueda del niño de doce años John Kilbride, con la esperanza de obtener alguna pista gracias a la recompensa de 100 libras ofrecida por un gerente de la localidad a quien facilite datos que permitan obtener algún indicio sobre el paradero de John, desaparecido de su casa en Smallshaw Lane, Ashton-under-Lyne, hace dieciocho días.

I

Miércoles, 11 de diciembre de 1963, 19:53

—Ayúdenme, se lo suplico.—La mujer hablaba con voz temblorosa, al borde de las lágrimas.

El policía de servicio que había cogido el teléfono notó que intentaba contener el llanto, como si le costase hablar.

—Para eso estamos, señora —dijo el agente Ron Swindells imperturbable. Llevaba casi quince años en Buxton, prácticamente desde que era un muchacho y en los cinco últimos no conseguía sacudirse aquella impresión de estar reviviendo los diez primeros; sabía que no había nada nuevo bajo el sol, pero aquella sensación iba a quedar irremisiblemente hecha añicos por los sucesos en que se vería envuelto aquel invierno. De momento, se contentaría con echar mano del latiguillo que siempre había utilizado—. ¿Qué problema tiene? —inquirió con su buena voz de bajo, amable e impersonal.

—Alison —respondió la mujer con un suspiro—. Mi Alison no ha vuelto a casa.

—Se refiere usted a Alison, su hija, ¿no es eso? —preguntó el agente Swindells con tono ostensiblemente sereno, tratando de tranquilizarla.

—Cuando volvió del colegio salió a pasear con el perro y no ha regresado —añadió la mujer elevando la voz, nerviosa.

Swindells miró automáticamente el reloj y vio que eran las ocho menos siete minutos. Razón tenía la mujer para estar preocupada; la niña llevaba fuera de casa casi cuatro ho-

ras y aquella época del año no era para andar por ahí a la buena de Dios.

—¿No se le habrá ocurrido ir a casa de algún conocido? —preguntó, convencido de que la mujer ya lo habría comprobado antes de llamar a la policía.

—He preguntado en todas las casas del pueblo, pero no la encuentro. Se lo digo en serio: a mi Alison le ha sucedido algo. —Ahora la mujer hablaba entre sollozos.

A Swindells le pareció oír otra voz en segundo plano.

La mujer había dicho «el pueblo».

—¿Desde dónde llama usted exactamente, señora? —inquirió.

Oyó que cuchicheaban y a continuación sonó al aparato una voz clara masculina de inconfundible acento sureño, enérgica y segura:

—Soy Philip Hawkin, de la casa solariega de Scardale.

—Entendido, señor —dijo Swindells prudentemente.

Aunque el dato en nada cambiaba la situación, suscitó cierto recelo en el agente porque Scardale quedaba muy alejado en diversos aspectos. Scardale no solo era un mundo totalmente distinto a la bulliciosa ciudad de mercado donde vivía y trabajaba Swindells, sino un lugar con fama de tener su propia ley. Para que llamasen de Scardale tenía que haber sucedido algo muy fuera de lo normal.

La voz del hombre bajó de volumen como si hablase con Swindells de hombre a hombre.

—Disculpe a mi esposa; está muy afectada. Ya sabe usted lo emotivas que son las mujeres, ¿verdad? Escuche, agente, yo estoy seguro de que a Alison no le ha sucedido nada, pero mi esposa se empeñó en llamar. Estoy convencido de que no tardará en aparecer y no quiero hacerle perder el tiempo.

—Si me da usted algún detalle... —añadió el imperturbable Swindells acercando su bloc de notas.

El inspector George Bennett tenía que haber vuelto a casa hacía rato, pues eran ya casi las ocho, hora en que los policías de su rango no estaban en la comisaría. Por lógica tendría que encontrarse ya en su sillón con las piernas estiradas frente a la chimenea, cenado y con *Coronation Street* en el televisor; mientras Anne quitaba la mesa y fregaba los platos, él iría un momento a tomarse una cerveza y a charlar con alguien en el bar del hotel Duke of York o en el Baker's Arms, pues la mejor manera de estar al corriente de los acontecimientos locales era charlar en los bares, y él lo necesitaba más que sus colegas porque hacía menos de seis meses que había ocupado la plaza. Aunque la gente de allí era desconfiada y no le comentaba muchos de sus cotilleos, poco a poco iba consiguiendo que le trataran como si fuera parte del mobiliario, olvidando y perdonándole que procediera de otra región del condado.

Miró el reloj. Aquella noche difícilmente le daría tiempo de ir al bar. No es que lo echara de menos, porque él no era bebedor, y de no haber estado obligado por su profesión a seguir de cerca los acontecimientos locales, no habría entrado en un bar más que una vez a la semana; prefería llevar a Anne a bailar al ritmo de uno de los nuevos grupos *beat* que tocaban en el Pavilion Gardens o ir al cine. O quedarse en casa sin más. Llevaban tres meses casados y Bennett se maravillaba aún de que Anne hubiese decidido compartir con él su vida. Era un milagro que le ayudaba a superar los malos ratos del trabajo, causados, hasta el momento, más por el tedio que por crímenes atroces, aunque los acontecimientos de los siete meses venideros someterían aquel milagro a una ardua prueba.

Pero esa noche pensó en Anne, que estaría en casa haciendo punto frente al televisor y esperándole, y aquello le tentó más que una jarra de cerveza amarga. Arrancó una hoja del bloc de notas y la insertó a modo de punto entre

los papeles que había consultado, cerró el archivador y lo guardó en el cajón del escritorio; apagó la colilla del Gold Leaf y vació el cenicero en la papelera, como hacía siempre antes de coger la gabardina y, tímidamente, el sombrero flexible de ala ancha que le hacía sentirse siempre un poco tonto; a Anne le encantaba, no dejaba de repetirle que se parecía a James Stewart. Él no lo entendía; que su rostro fuese alargado y tuviera un pelo rubio y suave no lo convertía en un actor de cine. Se embutió la trinchera y notó que le quedaba bastante más ceñida por el forro acolchado que le había hecho comprar Anne. Pese a la tirantez que notó en sus anchas espaldas de jugador de *cricket*, supo que le iría de perlas cuando saliera al patio de la comisaría para afrontar aquel viento hiriente que desde los brezales del páramo azotaba inmisericorde las calles de Buxton.

Echó un último vistazo al despacho para comprobar que no quedaba a la vista nada que pudiese interesar a la mujer de la limpieza, y cerró la puerta. Al ver de reojo que ya no había ningún agente en Investigación Criminal, se dio la vuelta para ceder a un instante de vanidad y mirar el rótulo de INSPECTOR G. D. BENNETT con letras blancas en una pequeña placa de plástico negro. Era para sentirse orgulloso: no había cumplido los treinta y era ya inspector. Había valido la pena cada tedioso minuto de aquellos tres años interminables empollando para licenciarse en Derecho, le facilitaron ascender más rápido en el cuerpo de Policía de Derbyshire, gracias a ser uno de los primeros agentes titulados. Hacía siete años que había jurado defender la ley y ahora era uno de los inspectores de paisano más jóvenes del condado.

Sin testigos de su falta de formalidad, echó a correr escalera abajo y cruzó con ímpetu la puerta basculante que daba a la sala de agentes uniformados, donde tres cabezas se volvieron para mirarlo. Le sorprendió ver tan poca presencia policial y recordó de pronto que prácticamente todo Buxton estaría en el funeral y en la misa extraordinaria pú-

blica por el recientemente asesinado presidente Kennedy; el ayuntamiento había nombrado hijo adoptivo a JFK porque tres meses antes del atentado había estado de paso en la ciudad cuando iba a visitar la tumba de su hermana, a pocos kilómetros, en Edensor, en Chatsworth House. El hecho de que una de las enfermeras, ayudante del equipo quirúrgico del hospital de Dallas que trató inútilmente de salvar la vida al político, fuese natural de Buxton, reforzaba el vínculo.

—Esto está tranquilo, ¿eh, sargento? —dijo.

Bob Lucas, el sargento de guardia, frunció el ceño y alzó un hombro mirando la hoja que tenía en la mano.

—Hasta hace cinco minutos, señor —dijo poniéndose firme—. Seguramente, al final, no será nada y me apostaría algo a que cuando llegue allí se habrá resuelto —añadió.

—¿Algo interesante? —preguntó George en tono anodino.

No quería en absoluto que Bob Lucas pensase que era la clase de inspector que trataba a los agentes de uniforme como si fueran comparsas.

—Una niña que no ha vuelto a su casa —contestó Lucas tendiéndole la hoja—. Acaba de atender la llamada el agente Swindells porque han llamado directamente aquí y no a través del teléfono de urgencias.

George trató de imaginarse Scardale en su mapa mental de la región.

—¿Tenemos allí algún agente, sargento? —preguntó para ganar tiempo.

—No es necesario. Scardale es una pequeña aldea de menos de diez casas. No, aquello es competencia de Peter Grundy, de Longnor, a tres kilómetros de allí. Pero, sin duda, la madre habrá pensado que el caso es demasiado importante para Peter.

—¿Y usted qué cree? —replicó George con cautela.

—Creo que lo mejor será que me acerque a Scardale en el coche de servicio para hablar con la señora Hawkin, se-